

Las pretensiones políticas han de contrastarse siempre con la realidad que tratan de modificar. En las elecciones locales del pasado 22 de mayo el PNV obtuvo cincuenta mil votos más que Bildu. En esta ocasión su ventaja respecto a Amaiur se ha reducido a cuarenta mil votos. Una diferencia nada despreciable si la comparamos con los 283.886 sufragios cosechados por la coalición independentista. Pero insignificante frente al ánimo revanchista que alberga la izquierda abertzale para situarse en las próximas autonómicas por de-

KEPA AULESTIA

GENÉTICA COMÚN



lante de los jeltzales tanto en escaños como en votos. Se trata de una meta posible, sobre todo si en el interin los herederos de Batasuna recuperan la legalidad con todas las de la ley mediante

la habilitación de Sortu por parte del Tribunal Constitucional. Es precisamente la viabilidad de tal supuesto lo que obligará al PNV a alentar un movimiento reactivo frente a una eventual

victoria de la izquierda abertzale en las autonómicas. Una estrategia que indefectiblemente conducirá a los jeltzales a describir el abertzalismo más extremista como un riesgo para el gobierno de las instituciones mientras apelan a la pulsión soberanista de la familia común. El adversario directo no deja de ser su potencial socio. La implacable pugna por el liderazgo irá inevitablemente acompañada de gestos que evocarán la comunión nacionalista como argumento de autenticidad y como reclamo de complicidad. Esa aparente contradicción del PNV es compartida genéticamen-

te con la izquierda abertzale, porque también ésta tiende a bascular entre su instintiva disposición a desplazar a los jeltzales del centro de gravedad del mundo nacionalista y su necesidad de proyectar, aunque sea con intermitencias, mensajes de unidad que tengan en cuenta al partido de Urkullu. En la pizarra la estrategia de la izquierda abertzale es el sorpasso: adelantar electoralmente al PNV para orillararlo. Y la táctica consiste en emplazarlo de vez en cuando para que se incorpore a la «acumulación de fuerzas». Pero del mismo modo que el «nuevo estatus político» que el PNV se ha

comprometido a lograr para Euskadi el año 2015 precisaría del concurso de la izquierda abertzale para tramitarlo siquiera en la Cámara vasca, la «nueva etapa histórica» que los herederos de Batasuna pretenden alumbrar aprovechando el impulso del cese definitivo de la actividad etarra requeriría también el acompañamiento del PNV. La contradictoria simultaneidad entre la competencia a ultranza y la inclinación al entendimiento forma parte del universo familiar que comparten el PNV y la izquierda abertzale. El padre que por momentos anhela

el regreso del hijo pródigo, y el hijo pródigo que, también por momentos, desea el reencuentro con su progenitor. El PNV cobija dos almas que se encuentran en cada uno de sus afiliados, aunque en muy diversa combinación. Algo semejante ocurre en la izquierda abertzale y en cada uno de sus integrantes: la añoranza por la casa del padre convive con la carencia de arraigo alguno y con el impulso de acabar con el titular del hogar paterno. Pero a fin de cuentas la negociación que determinará el futuro del país es la que establezcan –o no establezcan– PNV y Sortu.